

HUSSEIN, EL ETERNO



BEDUINO

UN SUPERVIVIENTE DE LA ARISTOCRACIA GUERRERA

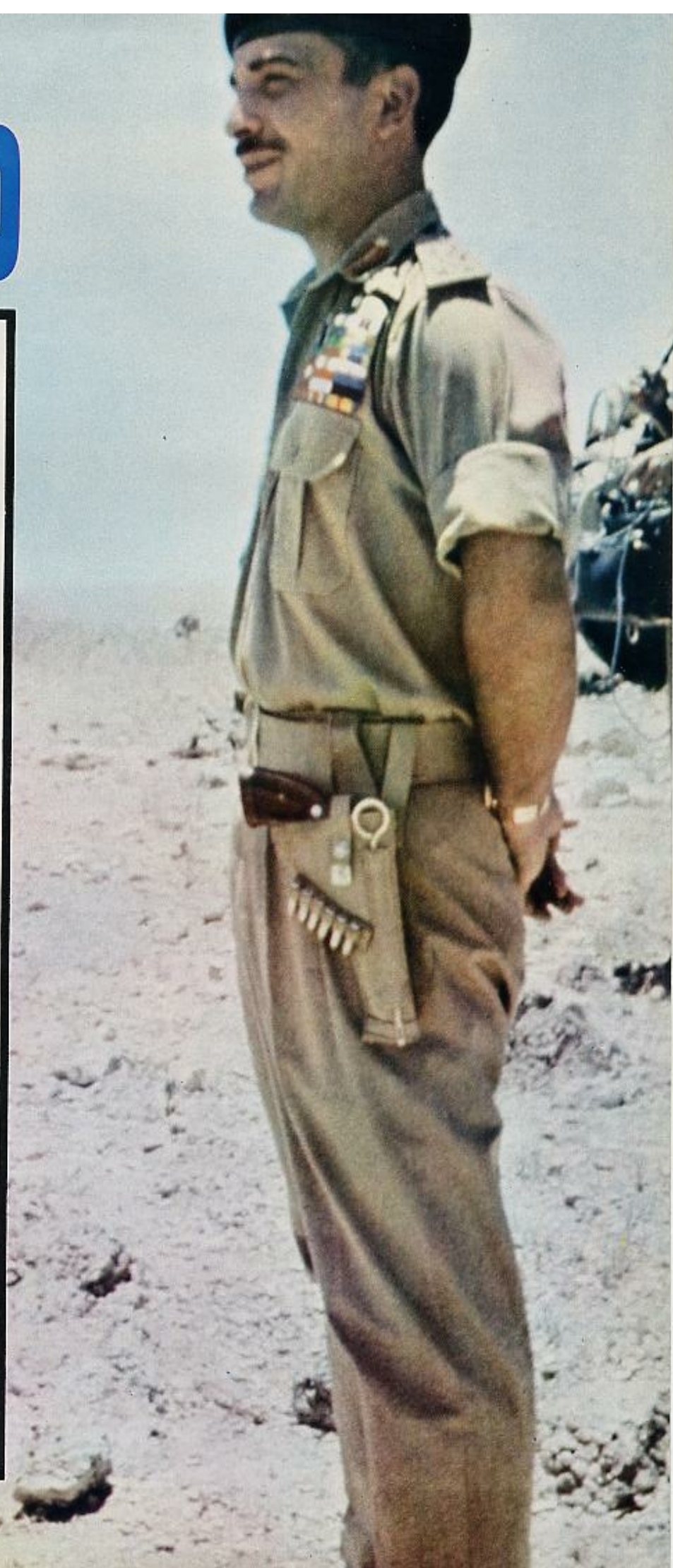
Por **JUAN ALDEBARAN**

Cuando la "guerra de los seis días" —en realidad, una guerra que no ha cesado nunca—, el mundo de Occidente, los intelectuales de Occidente y sus medios de expresión se pronunciaron casi únicamente por el Estado de Israel y, en consecuencia, con una actitud de condena para con los árabes.

Una sola figura árabe escapó de aquella parcialidad: la del rey hachemi de Jordania, Hussein.

No bastaba para ello que Hussein hubiese tratado de mantener —como sus antepasados inmediatos— una posición política pro-occidental, ni que su reino hubiese sido la más desolada víctima del fulgurante ataque israelí. Para los intelectuales, estos méritos no son bastantes. Necesitan un mito, y Hussein era la encarnación de un gran mito universal: el del juego despectivo y sonriente con la muerte, el del valor como orgullo de casta. Es una calidad medieval.

Las justas, los torneos, las aventuras solitarias de los caballeros andantes, los desafíos a muerte por una cuestión de pundonor —punto de honor: la palabra punto indica la brevedad, la nimiedad del pretexto, en comparación con la trascendencia de la muerte que se ponía en él— era una condición de la aristocracia. En la literatura clásica europea, el pueblo no juega con la muerte, la teme y su temor es ridículo, es una muestra de su inferioridad: el escudero, el criado, el rústico, cuya condición no cambia cuando se convierte en «nuevo rico», en «burgués getilhombre», como diría ▶



HUSSEIN

Hussein ha sido una encarnación del gran mito universal: el del juego despectivo y sonriente con la muerte, el del valor como orgullo de casta. En estas fotos le vemos inspeccionando las maniobras del ejército jordano con sus hijos Abdallah y Feisal.



Molière (la comedia española es la primera que rompe ese arquetipo de pueblo cobarde con la serie de la que son representativas «Fuenteovejuna» y «El alcalde de Zalamea», que señalan literariamente el final del feudalismo). Estos rasgos, extinguida la clase —o el poder de la clase—, siguen apareciendo en el mundo esporádicamente. La actitud regresiva de ciertos fascismos los reivindica. Hitler quería crear un «herrenvolk», un «pueblo de señores», una nación en la que todos tuvieran aquellos rasgos que antes fueron marca de clase, y por ello se inventó una genealogía aristocrática para Alemania, la raza aria, que debía ser superior a todas las demás. Mussolini lo definió con dos palabras, «vivere pericolosamente». Pero esta supervivencia no era privativa de los fascismos y sus caricaturas. Estaba y está en todas las sociedades. Roosevelt cantó al «happy warrior», al guerrero feliz. Cuando comenzó la segunda guerra mundial, los alemanes encontraron con asombro en los primeros aviones británicos derribados que los jóvenes pilotos iban vestidos de «smoking», con un «foulard» perfumado, de seda blanca, al cuello. Habían saltado de una cena, de un «cocktail party», directamente al frágil avión de combate. Los alemanes no comprendieron bien lo que aquello significaba, y sus instrumentos de propaganda distribuyeron fotos y relatos de su asombroso hallazgo como muestra de la incapacidad militar del enemigo. No advertían que la casta, la clase aristocrática militar precedía a la burguesía militar y que los jóvenes aristócratas británicos habían tomado, de pronto, la actitud ancestral de la guerra como privilegio en lugar de la guerra como oficio.

Hussein, brotado de pronto del fondo oscuro de edad media que representa su país feudal, encarnaba y encarna la vigencia de ese mito tan mal lavado, tan mal borrado en la conciencia occidental. Hussein es un beduino. No se tiene en Occidente conciencia clara de lo que significa «beduino», y aún se le da valor peyorativo, como pasa con el término «bárbaro». El beduino es una elevada categoría aristocrática. Los nómadas del desierto dividen la raza humana en dos clases: los «hayar», los que son sedentarios y viven en una casa construida, y los «árabes», que viven en tiendas negras móviles. Los árabes se dividen en dos: los «shwayar», que viven en las lindes del desierto, y los «beduinos», con sus ganados de camellos, que pasan diez meses al año en el interior del desierto (Carleton S. Coon, «A reader in general anthropology». Londres, 1950). Los historiadores atribuyen a los beduinos la «invención» de la guerra, sus primeras leyes, sus condicionamientos, la modificación de la institución monárquica. «Se dice de los beduinos del Eufrates que sólo pretenden los bienes de su enemigo, pero no su persona. Des-

armada o desmontada, la persona del enemigo es sagrada. No hacen esclavos, no se pide a los prisioneros otro rescate que sus cabalgaduras. Se trata solamente de herir al adversario o de hacerle caer de su montura. Sus armas y su jumento serán propiedad del vencedor, pero él puede irse... Es contrario a la conciencia árabe exterminar una tribu» (G. Ladtman, «The origin of the inequality of social classes». Londres, 1938). Jacques Berque («Les arabes d'hier a demain», París, 1960) describe así al beduino: «... la generosidad, porque es ávida; el valor, porque es desigual; la fidelidad, porque se distorsiona, y el cálculo, porque es impulsivo, reconstruyen una de las más patéticas figuras de hombre». En otro párrafo lo identifica con los mitos occidentales: «Nietzsche habría saludado en el beduino esta moral aristocrática que "nace de una triunfal afirmación de sí misma", y esa agresividad fundada sobre la percepción e incluso sobre el goce de lo contradictorio. De

Hussein es un beduino, término al que en Occidente se le da un valor peyorativo, cuando en realidad el beduino es una elevada categoría aristocrática. Es bisnieto de Hussein Ben Ali, que se considera treinta y ocho descendiente del profeta.

lo cual procedían, en los antiguos árabes, ciencias como la genealogía, la heráldica, la flognomonía y la onomástica de grupos».

Hussein, patético y nietzscheano, procede de una larga dinastía beduina. Es bisnieto del gran Hussein Ben Ali, que se consideraba el profeta por la línea de Hachim (por eso la dinastía se llama «hachemí» o «hachemita»), y era cherif de La Meca. En Hussein Ben Ali, en su tiempo, se produjo un curioso hecho histórico: la mezcla del aristócrata beduino con el espíritu aristocrático británico. Para vencer al enemigo turco, los árabes se aliaron a los británicos. Pero ni Hussein ni sus guerreros eran capaces de entenderse con la burguesía militar del Imperio, y el Imperio segregó un irregular, un caballero de aventura, un beduino de Oxford: Lawrence, sensual, secreto, lírico, impulsivo, soñador. Lawrence —o El Awrence, como le llamaban los beduinos— conectó esencialmente con los árabes por la

tradición aristocrática, por una misma forma de contemplación de la vida. Más tarde, el Imperio británico segregaría otro personaje de menor categoría, el general Glubb, que fue llamado Glubb Pachá, fundador de la Legión Árabe, cuya fuerza existe aún. Glubb Pachá fortaleció a los beduinos en su antiguo arte de la guerra, de forma que la burguesía militar se infiltrase muy lentamente, muy insensiblemente en el espíritu guerrero. Hussein tuvo cuatro hijos: Ali, que fue efímero rey de Hejaz; Abdullah (o Abdallah), emir de Transjordania; Faisal, rey del Irak, y Zaid, cuyas ambiciones no trascendieron de sus sueños. En Abdullah residía el viejo sueño de Lawrence de crear «la gran Siria» o la gran nación árabe. Gran Bretaña le protegió, le dio la independencia, permitió o ayudó la formación de Jordania —que Churchill, ese otro gran dilettante de la guerra aristocrática, fundó, según cuenta él mismo, «una tarde de domingo, aburrida, en la ciudad de Jerusalem»—

donde seiscientos mil personas son refugiados de Palestina, en condiciones de vida infrahumanas, dotadas de un fuerte revolucionarismo y de un nacionalismo no jordano, sino árabe. De su lado, la ayuda de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña. Países a los cuales estaba obligado a enfrentarse, al mismo tiempo que recibe sus armas y su dinero, en función de la ayuda de éstos a Israel... Occidente ayuda a Hussein a sostenerse contra sus vecinos árabes, le impide emplearse contra Israel, pero su propia situación le obliga a esta actitud. Solamente un beduino podría salir con cierto éxito de esta «fidelidad distorsionada». Un beduino britanizado, como su abuelo Abdullah —junto al que estaba cuando fue asesinado—, como su bisabuelo Hussein Ben Ali. El actual Hussein se educó en Alejandría (el Victoria College), de donde pasó a Harrow para luego hacer un curso militar de seis meses en la Academia Real Militar de Sandhurst. Todo el revestimiento del «gentleman» encaja en el beduino: la práctica del avión, de los coches de carreras, del esquí náutico. Su silueta aparecía entonces en los cabarets de París, en los de la Costa Azul... Su matrimonio fue británico: una muchacha inglesa, no salida de la aristocracia, que tomó el nombre de Muna al Hussein, y que ha dado hábitos británicos a la corte de Amman.

La compleja situación de su país le ha dado la ocasión de probar sus virtudes beduinas. En los dieciséis años transcurridos desde su coronación ha sufrido atentados, golpes de Estado, amenazas de todas clases, una guerra devastadora. Hussein ha tripulado un avión de combate, se ha internado en el desierto, amenazado y, prácticamente, se juega la vida todos los días. No le falta la crueldad medieval. El régimen hachemí es duro, incluso brutal. Las represiones contra el pueblo, contra el revolucionarismo que trata de evitar que el país sea una posesión personal y que pretenda la unidad árabe, han sido reprimidas con más sangre de la necesaria, y con la ayuda de la sexta flota de los Estados Unidos, como ocurrió ya en 1957. Su política interior es la de un régimen de absolutismo terrorista, pero con la apariencia, a veces, de un cierto liberalismo, al que le obliga su vecindad y la agitación de los palestinos refugiados (aunque cuenta todavía con la lealtad de los beduinos, que ven en él al nieto de Abdullah, al bisnieto de Hussein Ben Ali, cosas que cuentan mucho en una población conservadora y aislada).

¿Cuál es el destino de Hussein, cuál el de Jordania? Sobre el personal de Hussein parece que pesan toda clase de amenazas y que su supervivencia, hasta ahora, es fruto de un milagro de astucia, de habilidad y de valor personal, además de la rigidez de sus medios de presión sobre el pueblo. El de Jordania está pendiente del desarrollo de la situación en todo Oriente Medio. ■ Fotos: GAMMA.

